



El Rosario – la oración predilecta de María

29



“María es el paraíso de Dios y su mundo inefable, donde el Hijo de Dios entró para hacer maravillas, para guardarle y tener en Él sus complacencias.” El Secreto de María, §16

—San Luis María Grignon de Montfort

Se convirtió leyendo El Secreto de María...

Un anónimo, leyendo el famoso opúsculo “EL SECRETO DE MARÍA” de San Luis María Grignión de Montfort, se dirigió por carta a los padres Jesuitas de Bilbao en estos términos:

“Bilbao, 27 de noviembre 1911

He vivido durante veintitrés años lleno de toda clase de pecados en todos los mandamientos y el día de la Virgen (hará un año), leyendo el “Secreto de María” que publicaron Uds. por este tiempo, me consagré a la Virgen por esclavo, y por lo tanto está próximo a cumplirse el año que por su intercesión creo que no he caído en pecado mortal.

Calculen ustedes mi agradecimiento a la Santa Virgen María, de quien cada vez me considero más indigno esclavo suyo, y a quien cada vez quiero más con toda mi alma y por ella a Nuestro Señor Jesucristo.

Al escribir estas líneas lo hago por entusiasmo de manifestar mi agradecimiento a la Santa Virgen María y al mismo tiempo para consuelo de los pecadores.

Mil gracias por su libro (que por cierto es el tesoro más preciado que guardo para mis hijos), y suplicándoles me digan en telefonemas, que haré para mostrarme cada vez más agradecido a la Santa Virgen María, quedo muy reconocido”.

Un esclavo de María.

“Ante todo recomiendo que se hagan plegarias, oraciones súplicas y acciones de gracias por todos los hombres...”

(1 Timoteo 2,15)

El Milagro más célebre de la Virgen María

Miguel Juan Pellicer a finales de 1637 tuvo un accidente en Castellón de la Plana-España, pequeño pueblo, a donde fue a trabajar en compañía de su tío. Mientras laboraba, la carreta que era arrastrada por dos mulas (cargada de trigo), cayó al suelo pasándole una de las ruedas sobre la pierna derecha.

Vanos fueron los esfuerzos que hicieron los médicos en un famoso hospital de Zaragoza por salvarle la pierna, no quedando otra alternativa que amputarle el miembro cuatro dedos por debajo de la rodilla. Después de efectuada la amputación, el practicante y otro compañero enterraron el resto de la pierna en el cementerio del hospital.

Miguel Juan, después de varios meses de convalecencia, salió del hospital con una pata de palo y una muleta. Cerca de dos años estuvo en Zaragoza pidiendo limosna en la puerta del Pilar. Cuando sentía fuertes dolores en la herida cicatrizada, acostumbraba a untarse con el aceite de las lámparas de la Virgen. Asistía a misa todos los días y se confesaba y comulgaba cada ocho días, y sobre todo le rezaba devotamente a la Virgen. A comienzos de 1640 regresó a la casa de sus padres en Calanda (Terruel). Una noche, el 29 de marzo de 1640 después de una dura faena, regresó muy cansado a su casa, con fuertes dolores en la parte afectada. Su cama la encontró ocupada por un soldado de caballería, a quién su familia le había dado hospitalidad, no teniendo más remedio que recostarse en un “serón de esparto y un pellejo”, junto a la cama que ocupaban sus padres.

Mientras dormía, Miguel Juan soñó que se untaba el “muñón” con aceite, en el Pilar. Al entrar sus padres en el aposento percibieron una extraña fragancia; la madre se aproximó con el candil a ver a su hijo, y contempló llena de asombro que no tenía una, sino las dos piernas. Lo más extraordinario de este hecho, consistió en que era la misma pierna cortada, la que había sido restituida en la parte cicatrizada, porque cuando fueron a buscarla al lugar donde se encontraba enterrada, no hallaron nada. La Virgen había realizado el milagro más prodigioso y comprobado que se conoce.

” El Rosario invita a nuestros dedos, a nuestros labios y a nuestro corazón a entonar una gran sinfonía de súplica y oración, y por estos motivos es la plegaria más grandiosa que jamás haya com} puesto el hombre... El Rosario es un sitio de encuentro de los no instruidos y de los sabios; es la escuela donde el amor sencillo se acrecienta en conocimientos y donde los sabios aumentan su amor “.

—Monseñor Fulton J. Sheen